

al sistema en su totalidad. En efecto, es más apropiado pensar en un reacomodo del mismo, puesto que el espacio ocupado por el peyote ha sido reemplazado por otro ser animado: el baká-noa, planta tendencialmente protectora pero también dañina. Desde hace algunas décadas también a estas plantas se les realizan ceremonias con el fin de obtener su apoyo, sea esto de manera preventiva, para neutralizar los efectos de la brujería, o bien para reparar eventuales transgresiones éticas cometidas en su contra. El protagonista de estas ceremonias de curación es el chamán (*owirúame*), guía y protector de las almas rarámuri, pero también brujo, capaz de

enfermar con la ayuda de seres que convierte en sus aliados. Los instrumentos que mejor simbolizan sus poderes benéficos, es decir, los poderes solares que se asocian al camino ético de la sanación (opuestos a los poderes diabólicos de los brujos), son la voz (declamaciones y cantos ceremoniales) y los raspadores: la primera apelando a las habilidades que el chamán recibió de Dios para comunicarse con otros seres animados y convencerlos a actuar bien; los segundos simbolizando el poder para desplazar su alma por los caminos de lo sagrado, es decir, el camino que recorre para recuperar otras almas del extravío ético.



Raspadores (*sipfraka* y *kitara*) y batea
Foto: Carlo Bonfiglioli